

# El aporte de la estética a la construcción de una visión integral del mundo y del hombre<sup>1</sup>

*Cecilia Inés Avenatti de Palumbo*

*Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino*

“Siempre vemos, en todos los grandes, cómo palpan a oscuras para comprobar si existe todavía el contacto con aquel comienzo originario fecundante.”<sup>2</sup> Estas palabras con las que el teólogo Hans Urs von Balthasar se refiere a los sabios de la historia de la humanidad, bien podemos aplicárselas hoy a él mismo en virtud del estilo fontal –y por ello fundacional– de su pensamiento<sup>3</sup>.

Pues bien, el “comienzo originario fecundante” sobre el cual configura el edificio de su propuesta teológica es una visión dinámica del ser en la que la clásica trilogía metafísica de belleza, bien y verdad aparece renovada y revitalizada, a la luz del carácter histórico y viviente de la manifestación, acción y palabra del Dios cristiano trinitario revelado en Jesucristo. La adopción de este punto de partida, en el que intenta integrar la objetividad de la metafísica medieval con la centralidad que el pensamiento moderno atribuyó a la experiencia subjetiva, se traduce en un lenguaje renovado en el que lo bello es concebido como el mostrarse del ser, lo bueno como el darse y lo verdadero como el decirse<sup>4</sup>. Sobre este principio de unidad trascendental dinámica configura el núcleo de una teología que parte “desde” la figura

---

<sup>1</sup> Este trabajo fue expuesto en las *Jornadas internacionales Ciencias, Filosofía, Teología. En búsqueda de una cosmovisión* (La Plata, 20-22 agosto de 2003).

<sup>2</sup> Hans Urs Von Balthasar ([1959] 1964), “Revelación y belleza” en *Estudios Teológicos. I. Verbum Caro*, Madrid: Guadarrama (127-166), 142.

<sup>3</sup> A la temática del estilo en Balthasar he dedicado un trabajo anterior al que remito. Cfr. Cecilia Inés Avenatti de Palumbo (2002), “Estilo, expresión y kairós en la Estética Teológica de Hans Urs von Balthasar”, en *Studium. Filosofía y Teología*, Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino, Buenos Aires-Tucumán, V / X, 165-171.

<sup>4</sup> Cfr. Hans Urs Von Balthasar ([1987] 1998), *Epílogo*, Madrid: Encuentro, 43-80.

estética, para introducirse “en” el drama divino-humano de la libertad, en cuyo escenario acontece el desvelamiento de la verdad.<sup>5</sup>

En base a este supuesto, Balthasar elabora un osado diagnóstico en el que atribuye al olvido y expulsión de la belleza la causa de la fragmentación intrínseca y recíproca que en la época actual presentan la ciencia, la filosofía y la teología. Tras la huella de este grande del pensamiento del siglo XX, mostraremos cómo desde el centro mismo de una figura estética -vista como una totalidad epifánica- se origina el dinamismo dramático de gratuidad y gratitud, el cual hace emerger un nuevo criterio de unidad de la verdad que consiste en concebir el diálogo como el espacio existencial en el que se expresa el sentido.

Esta opción fontal por el ser supone una visión de totalidad en la que belleza, bien y verdad conforman una unidad interactiva. En consecuencia, situarse ante la verdad en toda su integridad (dimensión teórica) es, para Balthasar, la decisión originaria del hombre “responsable” que con madurez vive su existencia como “respuesta refleja” a la existencia que percibe como dada gratuitamente (dimensión estética) por merced divina (dimensión dramática).<sup>6</sup> La amplitud y profundidad de un objeto que abarca la totalidad de lo que es y existe, le exige al sujeto una respuesta en la que la percepción de la figura bella, la acción de la libertad y el conocimiento de la verdad se encuentran integrados en una unidad vital. Así aparecía ya en *La esencia de la verdad*, obra en la que tempranamente el autor dejó esbozado el proyecto y núcleo inaugural de su gran Trilogía. Afirmaba entonces el autor:

“La reducción del conocimiento de la verdad a una evidencia puramente teórica de la cual se han eliminado a conciencia todas las decisiones vivas, personales y éticas significa

---

<sup>5</sup> Al estudio de la articulación de este dinamismo trológico en el pensamiento del autor he dedicado un trabajo anterior al que remito para ampliar este concepto. Cfr. Cecilia Inés Avenatti de Palumbo (2002), *La literatura en la estética de Hans Urs von Balthasar. Figura, drama y verdad*, pról. de Olegario González de Cardedal, Salamanca: Ediciones Secretariado Trinitario, 299-334.

<sup>6</sup> Cfr. Hans Urs Von Balthasar ([1961] 1986), *Gloria. Una estética teológica. 1. La percepción de la forma*, Madrid: Encuentro, 21 y Hans Urs Von Balthasar ([1976] 1992), *Teodramática. 2. Las personas del drama: el hombre en Dios*, Madrid: Encuentro, 25.

un angostamiento tan sensible del campo de la verdad, que ésta resulta privada nada menos que de su universalidad y, con ello, de su peculiar esencia. Si la verdad y la bondad son realmente propiedades trascendentales del ser, ambas han de penetrarse y cada oposición excluyente de sus dominios sólo puede conducir a un desconocimiento de su respectiva esencia. Lo mismo se aplica también en relación a la última propiedad trascendental del ser, la belleza: también ella exige validez universal, y por eso es siempre inseparable de sus dos hermanas. [...] consecuentemente, sólo una unidad viva y duradera de la actitud teórica, la ética y la estética, puede proporcionar el verdadero conocimiento del ser.”<sup>7</sup>

La vía para recuperar esta “unidad vital y duradera” es, precisamente, la belleza. En la capacidad propia del hecho estético de mostrar la totalidad en el fragmento, encuentra Balthasar tanto la posibilidad de ensanchar el ámbito limitado al que había quedado reducido el ser, como la condición para que el hombre del siglo XX –y con mayor razón también el del siglo XXI– encuentre el camino para abrirse a la verdad total, que no es entidad abstracta sino vínculo vivo entre el hombre, el mundo y Dios<sup>8</sup>.

Balthasar fue plenamente consciente de que esta opción por la belleza representaba un anacronismo para la ciencia, la filosofía y la teología, en tanto en la modernidad éstas se habían orientado hacia una sistematización en la que la tendencia a acentuar el imperio de la razón como principio absoluto de certeza había finalmente devenido en la exclusión fáctica de cualquier otro criterio de comprensión de la realidad, lo cual significó la escisión entre el ámbito de la vida singular y concreta y el ámbito de la universalidad científica<sup>9</sup>. También sabía que al proponerla como palabra inicial de su pensamiento debía hacer frente a la herencia esteticista con la que el romanticismo la había revestido

---

<sup>7</sup> Hans Urs Von Balthasar ([1947] 1997), *Teológica 1. Verdad del mundo*, Madrid: Encuentro, 30.

<sup>8</sup> Cfr. Hans Urs Von Balthasar ([1961] 1986), *Gloria. Una estética teológica. 1. La percepción de la forma*, 22.

<sup>9</sup> Cfr. Héctor D. Mandrioni (1986), “Un camino entre la poeticidad y la tecnicidad” en: AA.VV. *El sistema educativo hoy*, Buenos Aires: Docencia, 69-98.

hasta disolverla en pura apariencia vacía de sentido y profundidad metafísica. Sin embargo, no dudó en concebir su itinerario teológico a partir de ella, con la convicción de que resultaba urgente encontrar caminos nuevos de integración y de unidad, nuevas presencias de la luz en el desierto de un sin sentido creciente. A esto responde la determinación con la que encara su emprendimiento intelectual de restituirle a la belleza el lugar central que le había sido arrebatado en el concierto de la cultura occidental.

De acuerdo con esto, se propone desvelar el carácter fundante que la figura estética representa para el cristianismo, en tanto es concebido analógicamente como expresión sensible de la belleza ontológica del ser y del *kabod* o gloria de Dios. Recupera así el autor dos propiedades inherentes al hecho estético: primero, la capacidad de manifestar la totalidad del ser en un fragmento concreto y vitalizado por el espíritu y la historia; segundo, la capacidad de patentizar la gratuidad del fundamento en una figura sensible y expresiva.

Por tanto, su estética teológica se corresponde analógicamente con los principios de una *estética de la percepción del sentido* que tiene su fundamento en una concepción metafísica de la belleza, la cual señala Balthasar “comprende al existente como *expressio* (según Buenaventura) del fondo del ser, para a partir de aquí, desarrollarla hasta una teoría del hombre que se sigue realizando al irse expresando”, y no de una estética antropocéntrica que concibe lo bello como mera “autoexpresión del hombre, que en la acción creadora otorga un significado a lo originalmente ininterpelable del ser y de la existencia”<sup>10</sup>. En la perspectiva balthasariana de la figura estética, la totalidad emerge como una propiedad del objeto –del mundo, del hombre, de Dios– y no como el resultado del deseo humano prometeico o del esteticismo narcisista que promueven una actitud de posesión dominadora. Puesto que, como subraya el autor:

“El poder de la expresión estética nunca es un poder que subyuga, sino un poder que siempre otorga libertad. [...] Ilumina en sí misma y en el hombre que la encuentra, el espacio de la palabra trascendental y con ello de todo sentido y de un

---

<sup>10</sup> Hans Urs Von Balthasar ([1976] 1992), *Teodramática. 2. Las personas del drama: el hombre en Dios*, Madrid: Encuentro, 29.

diálogo infinito. Pero de un diálogo, de nuevo, que se realiza no primariamente en palabras formuladas, sino en la confrontación y en la relación de la existencia.”<sup>11</sup>

La captación de dicha totalidad por parte del sujeto se realiza, entonces, como recepción del sentido del ser que lo contempla con mirada atenta y profundo respeto, hacia lo otro que se le manifiesta. Cuando esta mirada estética se enraíza en el hombre, su capacidad de visión y de comprensión se dilatan hacia el horizonte de la gratuidad del ser, que se manifiesta como otro y en tanto otro, es decir, hacia aquella zona de misterio que han sabido percibir y expresar los grandes artistas, poetas y místicos y a la que Balthasar caracterizó como el “eterno cada-vez-más que hay en la esencia misma del ente”<sup>12</sup>.

Es, pues, propiedad de la belleza despertar al hombre a la conciencia y vivencia del ser como entregado gratuitamente: no sólo el ser de Dios y del mundo son percibidos como *charis* o gracia, sino que la misma existencia humana es experimentada como un regalo no exigido<sup>13</sup>. En esta patentización de la gratuidad del ser se fundamenta el carácter desinteresado de lo bello, que actúa como correctivo del creciente interés utilitario de los saberes modernos que deja librado al hombre a una triste avidez, imposible de satisfacer. En efecto, para Balthasar:

“En este aparecer [el del fundamento que se muestra gratuitamente en la figura estética] está el desinterés de toda belleza. Ella es el puro resplandecer de lo verdadero y de lo bueno en virtud de sí mismos; es lo que descansa en sí mismo y lo fluyente de la comunicación, es una flotante e indescriptible alegría que participa en la infundada alegría del destello del ser, destello que se fundamenta en sí mismo.”<sup>14</sup>

Ante la manifestación de lo bello como gracia se despierta, entonces, en el hombre, una acogida agradecida que le produce un estado de alegría: a la *charis* o gracia del objeto le corresponde la actitud subjetiva del ale-

---

<sup>11</sup> Hans Urs Von Balthasar ([1976] 1992), *Ibidem*, 32.

<sup>12</sup> Hans Urs Von Balthasar ([1947] 1997), *Teológica 1. Verdad del mundo*, 216.

<sup>13</sup> Cfr. Hans Urs Von Balthasar ([1976] 1992), *Teodramática. 2. Las personas del drama: el hombre en Dios*, 28-29.

<sup>14</sup> Hans Urs Von Balthasar ([1947] 1997), *Teológica 1. Verdad del mundo*, 216.

grarse o *chairo*. Esto significa que en el seno mismo de la figura estética se abre un dinamismo intrínsecamente dramático, pues el reconocimiento del ser como gracia y la alegría ontológica que éste produce como respuesta, no atañen sólo al conocimiento sensible y espiritual sino que se traducen existencialmente en una decisión de vida que compromete al hombre como totalidad. Esto supone que la apertura al conocimiento y comprensión de la verdad y la decisión de recibir, elegir y realizar el bien se fundamentan en el carácter gratuito de la belleza.

Tal interacción entre belleza, bien y verdad, presenta un dinamismo recíproco. Por un lado, la dimensión estética le otorga a la verdad y al bien la dimensión de gratuidad y alegría que los liga al ser como fundamento, evitando así el riesgo de la reducción de lo científico, filosófico y teológico a meros formulismos lógicos o éticos. Por otro lado, el bien le ofrece a la belleza la posibilidad de introducirse en el drama existencial de la libertad, preservándola del esteticismo de quedar reducida a un juego estéril, de apariencias pasajeras. Y, finalmente, la verdad amplía el horizonte de profundidad hacia el que la belleza tiende, aunque sin poder pronunciarla por sí misma, ya que el alumbramiento del sentido no es propiedad de la belleza sino de la verdad.

Este dinamismo de raíces metafísicas encuentra su consumación y fundamento últimos en la Figura, Acción y Palabra del Dios cristiano, pues, desde el punto de vista teológico:

“cuando la Palabra, que «es Dios», «se hizo carne» se introdujo en medio de las figuras que nos circundan como indicios, y ahora se decide (éste es el drama por antonomasia que engloba a todos los demás) si «los suyos» la reconocen y aceptan o no, si ahora las cifras se resuelven en la palabra, el logos, el sentido, o si se recluyen definitivamente en lo indescifrable.”<sup>15</sup>

Ahora bien, las siempre fragmentarias figuras humanas abiertas hacia la acción y la expresión pueden introducirse o no en el drama teológico de la Figura, Acción y Palabra encarnado en Jesucristo, para encontrar en él el sentido que lo humano sólo logra expresar en claves o indicios. Esta inmersión en el teodrama produce tres consecuencias: primero, que la verdadera

---

<sup>15</sup> Hans Urs Von Balthasar ([1976] 1992), *Teodramática. 2. Las personas del drama: el hombre en Dios*, 29.

y total salida de sí, que preserve al fenómeno estético del reduccionismo esteticista, se realice como respuesta a la irrupción de la acción de Dios en la historia; segundo, que el juego recíproco de gracia y gratitud, que se da entre las libertades divina y humana, se convierta en el ámbito donde se consuma el drama de la existencia; y, en tercer lugar, que la palabra, en la que totalidad estética y gratuidad y gratitud dramáticas encuentran su lenguaje adecuado, pueda desplegar su potencialidad creadora en un diálogo vivo que surge como fruto de esta experiencia.

Así, sobre la base del anudamiento que se da en la viva Palabra divina de lo singular y lo universal, del fragmento y el todo, de lo propio y lo diferente, de lo objetivo y lo subjetivo, es posible realizar un diálogo que signifique un nuevo criterio de unidad, donde la gratuidad del amor preserve del dominio y permita integrar las diferencias.

Es, pues, la gratuidad de la belleza la fuente donde se origina la propuesta balthasariana de integrar en la época actual una visión del hombre, del mundo y de Dios. De la gratuidad se derivan las vías de salida descriptas: apertura al ser, profundidad, otredad, unidad en la diferencia, visión de totalidad, presencia de la dimensión existencial, interioridad, horizonte de sentido. Y la gratuidad, en su dinamismo *charis-chairo*, es una propiedad de una estética abierta al drama y a la verdad.

Ante la versión más reciente del absolutismo de la modernidad que bajo el signo de un multiculturalismo formal opone las particularidades a la universalidad de la razón<sup>16</sup>, Balthasar propone un criterio de unidad que da por resultado una cosmovisión en la que las diferencias interdisciplinarias e interculturales se pueden integrar en una teología cuyo centro vital es la gratuidad del amor.

Como “herencia y deber cristianos”<sup>17</sup> concibió Balthasar la misión de “perforar la coraza de aquel tipo de exactitud, que sólo es capaz de comprender un ámbito muy limitado de la realidad, a fin de abrirnos nuevamente

---

<sup>16</sup> Cfr. María Gabriela Rebok (2003), “La cultura contemporánea: entre la multiculturalidad fáctica y el desafío ético de una tarea intercultural”, en *Communio* (A) (10/1) 25-38.

<sup>17</sup> Cfr. Hans Urs Von Balthasar ([1961] 1988), *Gloria. Una estética teológica. 5. Metafísica. Edad Moderna*, 560-603.

a la verdad total"<sup>18</sup>. Volver a poner en el centro de la vida y la cultura la necesidad de mirar la realidad y, en consecuencia, vivir la existencia desde el fundamento de la gratuidad que patentiza la figura estética, es el principio de unidad que la teología puede y debe recuperar para sí y aportar luego a la filosofía y a la ciencia.

---

<sup>18</sup> Cfr. Hans Urs Von Balthasar ([1961] 1986), *Gloria. Una estética teológica. 1. La percepción de la forma*, 22.